

Trabajar por la paz.

Trabajar por la paz es una invitación a salir de la indiferencia para convertirnos en constructores de concordia a nuestro alrededor a partir de nosotros mismos, poniendo en acción la inteligencia, el corazón y los brazos. Requiere el esfuerzo de ocuparse de los demás, de sanar las heridas y los traumas personales y sociales provocados por el egoísmo que divide y dirigir todos los esfuerzos en concretar la paz.

Nosotros también podemos transformar cada día en una “jornada de la paz”, poniendo fin a las pequeñas o grandes guerras que cada día se libran a nuestro alrededor. Para realizar este sueño es importante construir redes de amistad y solidaridad, tender la mano para ofrecer ayuda, pero también para aceptarla.

Cuentan Denise y Alessandro: «*Cuando nos conocimos, nos iba bien juntos. Nos casamos y al principio fue muy bonito, incluyendo el nacimiento de nuestros hijos. Con el pasar el tiempo comenzaron los altibajos; ya no había ningún tipo de diálogo entre nosotros, y cualquier cosa era objeto de discusión continua. Decidimos permanecer juntos, pero seguíamos cayendo en los mismos errores, rencores y enfrentamientos. Un día, una pareja de amigos nos propuso participar en un taller de apoyo a parejas con problemas¹. No solo encontramos personas competentes y preparadas, sino además una “familia de familias”, donde pudimos compartir nuestros problemas: ¡ya no estábamos solos! Volvió a encenderse una luz, pero fue solo el primer paso: una vez en casa no era fácil, y volvíamos a caer. Lo que nos ayuda es preocuparnos por el otro, con el compromiso de volver a empezar y permanecer en contacto con estos nuevos amigos para seguir caminando juntos».*

La paz, como dice Chiara Lubich, «*exige de nosotros corazón y ojos nuevos para amar y ver en los demás otros candidatos a la fraternidad universal*». Y añade: «*Nos podemos preguntar: “¿También en los vecinos pendencieros?, ¿también en los compañeros de trabajo que entorpecen mi carrera?, ¿también con quien milita en otro partido político o es hincha de un equipo de fútbol adversario?, ¿también en las personas de religión o nacionalidad distintas a la mía?”. Sí, cada uno es mi hermano o mi hermana. La paz empieza precisamente por ahí, por la relación que sé instaurar con cada prójimo. “El mal nace en el corazón del hombre - escribía Iginio Giordani- y, para evitar el peligro de la guerra, hace falta desterrar el espíritu de agresión y de explotación y egoísmo del que procede la guerra: hace falta reconstruir una conciencia”². Y retoma Chiara: “El mundo cambia si cambiamos nosotros, [...] sobre todo, si ponemos de relieve lo que nos une, podremos contribuir a crear una mentalidad de paz y trabajar juntos por el bien de la humanidad. [...] Al final es el amor el que vence, porque es más fuerte que cualquier otra cosa. Probemos a vivir así en este mes, para ser levadura de una nueva cultura de paz y de justicia. Veremos renacer en nosotros y alrededor de nosotros una nueva humanidad»³.*

¹ Cf. 10 anni di «Percorsi di luce»: <https://www.focolare.org/famiglienuove> (en italiano e inglés).

² I. GIORDANI, *L'inutilità della guerra*, Roma 2003, p. 111.

³ Cf. C. LUBICH, Palabra de vida, enero 2004: *Ciudad Nueva* n. 405 (1/2004), pp. 22-23.